

Izquierda y «nueva izquierda» en la Argentina. El caso del Partido Comunista

**María Cristina Tortti*

El presente trabajo se inserta dentro de uno más amplio que intenta aportar al análisis –y al debate– en torno del proceso de protesta social y radicalización política que se desarrolló durante los años '60 y '70 en la Argentina, cuando la sociedad pareció entrar en una etapa de contestación generalizada. En dicho período lo novedoso radicaba en que, tanto en la sociedad como en la política, un clima de malestar creciente tendía a cuestionar el ordenamiento habitual de la vida social y las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad y de la representación. El alto grado de conflictividad incluía una serie de rasgos nuevos en la relación entre lucha social y lucha política, dando lugar al desarrollo de corrientes renovadoras en el campo de la cultura y en diversos ámbitos institucionales, al estallido movimientos populares de tipo insurreccional, al surgimiento de direcciones «clásicas» en el movimiento obrero y a una creciente legitimación de la violencia como camino para la rápida transformación social y política.

A lo largo de dicho proceso es posible observar que, un lenguaje compartido y un común estilo político, fueron dando cierta unidad «de hecho» a grupos provenientes del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de sectores católicos ligados a la teología de la liberación. Pese a la diversidad de los

* Profesora e Investigadora UNLP-CISH

orígenes políticos, sus discursos y acciones resultaban convergentes en sus críticas al «sistema». Fue precisamente esa convergencia la que facilitó que fueran percibidos –y se percibieran– como parte del campo del «pueblo» y de la «revolución», y como una «amenaza» para los sectores dominantes. Desde nuestro enfoque, se asistía a la emergencia de una heterogénea y potente fuerza renovadora cuyo despliegue permite visualizarla como movimiento social a la vez que como actor político y a la que provisoriamente denominamos «Nueva Izquierda» (NI) (Tortti, 1998).

Si bien esta «nueva oposición» o «nueva izquierda», se volvió particularmente amenazante a partir de la eclosión social del '69 y del crecimiento de la guerrilla durante los '70, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior. Sin embargo esa etapa del desarrollo de la «NI» ha sido escasamente estudiada hasta el presente: los trabajos tienden a concentrarse en el período de mayor despliegue de los movimientos de protesta «espontáneos» o, en el otro extremo del arco, en el accionar de las organizaciones guerrilleras. Uno de los espacios, hasta ahora muy poco explorado, es el que corresponde al campo de los principales partidos de la izquierda argentina en el que, a lo largo de los '60, se produjo un intenso debate político-ideológico y un proceso de fragmentación, dispersión y reorganización de sus fuerzas. En la izquierda argentina nuevos temas se superponían a viejos malestares, largamente arrastrados: el éxito de la «vía cubana» y la persistencia del peronismo en la clase obrera fueron la roca contra la cual se estrellaron sus partidos tradicionales, y el punto de partida de numerosos grupos radicalizados que ya entonces eran identificados como la «NI». Pero estos procesos suelen quedar en la oscuridad, pese a que parecen haber incidido decisivamente en el clima de época así como en estimular la incorporación a la vida política de numerosos militantes «espontáneos» –en particular jóvenes. Conviene tener en cuenta además, que en buena medida las organizaciones armadas nacieron vinculadas a esos procesos de renovación de la izquierda y que aún la radicalización del peronismo no fue ajena a ellos.

Aquí se presenta un panorama –que es sólo preliminar– sobre la situación y el papel del Partido Comunista (PC), a principios de los sesenta. Se intenta identificar algunas de las razones por las cuales comenzó la erosión de su prestigio en el campo de la izquierda a la vez que en sus propias filas se instalaba un persistente malestar –sobre todo en algunos sectores juveniles–, varios años antes de que se produjera la gran escisión de 1967/68.

El Partido Comunista a comienzos de los '60

Indudablemente, a principios de los '60 el PC era la principal fuerza en el campo de la izquierda argentina y pese a que, en los últimos años había experimentado cierto crecimiento¹, el peronismo seguía siendo la fuerza hegemónica en la clase obrera.

A partir de 1955, producido el golpe de estado que derrocó al gobierno del Gral. Perón, el PC centró sus expectativas en las posibilidades de acción que se le abrirían si se lograba una «amplia democratización» de la vida política nacional. Pero sobre todo confiaba en que, en las nuevas condiciones políticas, se produciría la «desperonización» de la clase obrera y el acercamiento a su «verdadero partido de vanguardia».

El PC argentino mantenía su línea política tradicional convencido de que, en los países periféricos, la clase obrera y el pueblo sólo accederían a la lucha por el socialismo una vez que se hubiese completando la etapa «democrático burguesa» y se contara con las «condiciones objetivas» que hicieran posible iniciar ese tránsito. Mientras que para los países capitalistas desarrollados se imponía la realización de la revolución socialista, en los que aún conservaban «restos feudales, semif feudales o precapitalistas» y eran «dependientes del imperialismo» —como era el caso de la Argentina—, la primera etapa de la revolución debía pasar «necesariamente» por la eliminación de tales «restos» y por la realización de las «tareas democráticas» y «antimperialistas». Por ello, el proletariado y su «partido de vanguardia» necesitarían del concurso de todos los sectores cuyos intereses colisionaran con el imperialismo, incluidos algunos sectores de la «burguesía nacional». En consecuencia, los partidos comunistas de las áreas periféricas debían esforzarse por crear un «Frente Democrático Nacional» y promover un gobierno «democrático y popular», destinado a lograr la independencia política de la nación, realizar la reforma agraria, limitar el poder de los monopolios, fomentar la industria nacional, elevar el nivel de vida del pueblo, democratizar la vida pública y desarrollar una política exterior independiente².

El PC consideraba que dichas tareas se encontraban aún pendientes en la Argentina, ya que el gobierno peronista había sido inconsecuente en su enfrentamiento con el imperialismo a la par que había obstaculizado la democra-

1. En diversos documentos se afirma que contaba con unos 100.000 afiliados: Ghioldi, R. (1962), *Escritos*, III, Anteo. En varias entrevistas realizadas (E. Sigal, marzo 1998; J.C. Portantiero, junio 1998; E. Dratman, junio 1999), se afirma que dicho crecimiento se produjo sobre todo entre la juventud universitaria.

2. Ferrari, A., «En torno al leninismo y la línea de masas de nuestro Partido», *Nueva Era* N° 3, abril 1960; Ghioldi, R., op.cit.

tización de la vida política y retrasado el desarrollo de la conciencia «revolucionaria» de los trabajadores, en virtud de su carácter de movimiento «nacionalista burgués»³.

Frente a quienes propiciaban una revisión de la posición asumida por la izquierda ante el peronismo, el PC no sólo la reivindicaba sino que consideraba que, pese a su casi permanente ilegalidad, había jugado un papel fundamental en el incremento de las luchas obreras producidas durante los últimos años del gobierno peronista cuando, a su juicio, las masas habían comenzado «a perder la fe ciega en su líder»⁴. En tales circunstancias el Partido se habría robustecido en la clase obrera, logrando un significativo crecimiento que le permitió, en 1954, incorporar cerca de 15.000 nuevos afiliados. A su juicio, ese aumento de la combatividad obrera y de la «unidad entre peronistas y comunistas» había alarmado a los sectores dominantes: «he aquí el proceso que se propuso cortar la llamada Revolución Libertadora»⁵. A poco de producido el golpe de estado —y pese a haberlo avalado políticamente— la dirección comunista comenzó a llamar al «trabajo unitario» con los peronistas en el movimiento sindical⁶. Confiaba en que durante la lucha contra los gobiernos militares, se acrecentaría ese acercamiento y se abrirían amplias posibilidades para la constitución de un «Frente Democrático y Nacional» que impulsara un gobierno popular de «amplia coalición democrática». Solamente un gobierno con tales características podría iniciar la «Revolución Agraria y Antimperialista», destinada a superar el «atraso» argentino y, por lo tanto, a crear las condiciones para una futura evolución hacia el socialismo.

Dentro de esta perspectiva, cuando se produce el llamado a elecciones presidenciales de 1958 el PC como gran parte de la opinión de izquierda y del peronismo, decidió apoyar al candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente —Arturo Frondizi— en virtud de los contenidos «antioligárquicos y antimperialistas» de su propuesta conocida como «Programa de Avellaneda». Pero la fórmula que había propuesto al país salir del atraso mediante el «desarrollo nacional» y resolver el problema de la exclusión política del peronismo mostró muy rápidamente su fracaso. A poco de andar, el abandono de las consignas antimperialistas, la represión al movimiento obrero y el conflicto universitario le alienaron la simpatía que había despertado en buena parte de

3. Codovilla, V., «Defender la línea independiente del Partido (Informe ante el Comité Central, febrero 1953)» (1973), en *20 años de la vida política argentina. Trabajos escogidos*, Anteo, T.2).

4. Ferrari, A., op.cit. y Codovilla, V., op.cit.

5. Ferrari, A., op.cit.

6. Cavarozzi, M. (1979) *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, CEDES, y Godio, J. (1991) *El movimiento obrero argentino. 1955-1990*, Legasa.

los sectores «progresistas», que entonces al igual que el peronismo, pasaron a la oposición. Muchos grupos de la izquierda, decepcionados con el «frondismo» comenzaron a descreer de las posibilidades de realizar la «revolución democrática» y de contar para ello con sectores de la «burguesía nacional» e iniciaron un sostenido viraje hacia horizontes más radicales, alentados por el éxito de diversas experiencias revolucionarias, en particular la cubana. El PC, en cambio, pasó a la oposición sin revisar su línea ni rever las decisiones políticas que, en función de ella, había tomado. Así, la «traición» del gobierno al «programa progresista» se explicaba por la «insuficiente presión» ejercida por los sectores populares que, habiendo permanecido desunidos —o «prisioneros de dirigencias vacilantes»— no habían logrado constituir el Frente Democrático y Nacional propuesto por el Partido⁷. En vistas a lograr ese objetivo, el PC intentó profundizar su acercamiento a los sectores combativos del peronismo y llamó a votar en blanco en las elecciones del 27 de marzo de 1960, denunciando el carácter «fraudulento» de unos comicios viciados por las proscripciones, la vigencia del Estado de Sitio y del Plan Conintes. Producida la avalancha de votos en blanco —cerca de un cuarto del electorado—, los dirigentes comunistas hicieron una particular lectura de esos resultados al afirmar que «al votar en blanco la mayoría de la clase obrera votó por la línea política de nuestro Partido». A su juicio, las masas habían advertido el contraste entre la «decidida actitud» opositora de los comunistas y la «vacilación» de muchos dirigentes peronistas que no habían desplegado «una actividad intensa a favor del voto en blanco», en virtud de los compromisos que mantenían con la política «integracionista» del gobierno⁸.

Entusiasmado por la combatividad demostrada por la clase obrera, la dirigencia comunista exhortaba permanentemente a sus militantes a la «unidad de acción» y a superar los resabios de «sectarismo» antiperonista que aún impregnaba a muchos de ellos. A la vez, advertía sobre el peligro de confundir el necesario acercamiento al peronismo con el abandono de la «línea independiente» del Partido y su subordinación al «nacionalismo burgués», tal como ya habría ocurrido con algunos notorios ex militantes —como R. Puiggrós y J.J. Real—, y en general, con la llamada «izquierda nacional».

Pero por entonces, los comunistas argentinos se verían enfrentados a nuevos desafíos como consecuencia de acontecimientos que tendrían una fuerte repercusión en el campo socialista internacional. Fuertemente alineado con el

7. Editorial, «El balance de los resultados de las elecciones del 27 de marzo»; Nadra, F., «La lucha electoral bajo el Plan Conintes», *Nueva Era* N° 3, abril 1960.

8. Ídem.

Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), el PC argentino vivió inicialmente sin mayores conmociones internas el debate abierto por el XX Congreso de aquel Partido, realizado en 1956. Encaró de manera formal la crítica al «stalinismo», y en cuanto a las controvertidas tesis sobre la «coexistencia pacífica» y la «transición pacífica», resultaron una suerte de aval para su tradicional línea política.

Sin embargo a nivel internacional, estas cuestiones estaban alimentando una polémica que, en poco tiempo, llevarían a serios cuestionamientos de la línea soviética y a profundas divisiones en el campo socialista. China, Argelia y Cuba –los tres movimientos revolucionarios triunfantes en la historia inmediata– ponían en duda dos aspectos centrales de aquella estrategia, y tanto el «pacifismo» como el «etapismo» pasaron a ser seriamente cuestionados. A partir de entonces, tanto en el ámbito de la izquierda como en sectores del peronismo, el entusiasmo por la «vía cubana» al socialismo precipitará debates que, superpuestos a los anteriores, cambiarán sustancialmente el mapa político de la izquierda en la Argentina.

Los debates en la izquierda y la crítica al Partido Comunista

Mientras el PC se mostraba incommovible en sus certezas y transmitía una imagen autocomplaciente sobre su papel, otros sectores sostenían que la persistencia del peronismo en la clase obrera mostraba que la izquierda en la Argentina había «fracasado», debido a su «histórico» desencuentro con el «movimiento popular». Según esas opiniones, la actitud asumida desde 1945 ante el peronismo por los Partidos Socialista y Comunista era la manifestación más clara –aunque no la única– de su incapacidad para vincularse con la clase obrera y hacerse cargo de la «cuestión nacional». Para muchos militantes, el recuerdo de la Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba una profunda autocrítica así como una no menos profunda rectificación de la línea política. Puede pensarse que, la brecha abierta por ese «malestar» facilitó que franjas importantes de la izquierda se sumaran a las críticas que, desde tiempo atrás, peronistas y nacionalistas dirigían a los Partidos Socialista y Comunista.

Diversos grupos y personalidades –entre las que no faltaban notorios ex militantes comunistas como R. Puiggrós– venían promoviendo un debate cuyas notas más salientes eran el duro cuestionamiento a los dos partidos tradicionales de la izquierda, y el intento de conjugar socialismo, nacionalismo y peronismo en un nuevo movimiento político.

Ese nuevo clima que comenzaba a vivirse en la izquierda, resulta bien ilustrado por la encuesta que realizara Carlos Strasser en 1959 a notorios inte-

lectuales y dirigentes políticos, sobre «el papel de las izquierdas en la vida nacional». En pleno período de decepción con el «frondizismo», Strasser justificaba su iniciativa señalando que en una situación de «desconcierto» político como la que se estaba viviendo, los viejos «slogans» partidarios resultaban ya inútiles. Convoca entonces a «estudiar profundamente» la situación nacional y a examinar las causas que llevaron al «fracaso» de las izquierdas. Entre los varios temas que recorre el cuestionario, resulta evidente la centralidad otorgada al examen de las experiencias peronista y frondizista, en relación con el diseño de una estrategia revolucionaria.

Algunos encuestados opinaron que el fracaso de dichas experiencias mostraba la necesidad de abandonar «definitivamente» las consignas que proponían construir un «Frente Nacional y Democrático», con presencia de sectores de la burguesía nacional. Silvio Fronizi -orientador del Grupo Praxis- consideraba que las fuerzas revolucionarias debían pasar a una estrategia «directamente socialista», y Abel A. Latendorf -dirigente del recientemente escindido Partido Socialista Argentino- se oponía a las consignas que propugnaban la formación de un «frente popular» ya que en su opinión, la unión de partidos obreros con partidos de la burguesía se resolvía «invariablemente» en perjuicio de los primeros. A su juicio, en las actuales circunstancias sólo cabía pensar en «un frente de clase proletaria»⁹.

Desde la perspectiva de la «izquierda nacional», las críticas a la izquierda tradicional -y en especial al PC- partían de afirmar que la verdadera liberación nacional y social requería de una «ideología revolucionaria propia», que fuera fruto del propio desarrollo histórico y de «las tendencias progresistas y emancipadoras de las masas», y no de un marxismo «escolástico y mecanicista», alejado de las experiencias populares e incapaz de advertir la potencialidad revolucionaria que ellas encierran¹⁰.

En medio de este clima de cuestionamientos y revisión de las experiencias de la izquierda, llama la atención el tono de certeza y cerrazón doctrinaria desde el cual responde R. Ghioldi -miembro de la dirección del PC-. Desde su punto de vista, la línea política del comunismo argentino era la única correcta «y si no se había traducido en un mayor crecimiento del Partido, ello se debía a que desde 1930 había soportado «una legislación reaccionaria y discriminatoria», y porque luego durante el peronismo, los trabajadores habían carecido de «independencia política e ideológica». En consecuencia el problema actual de la izquierda seguía siendo el mismo: desprender a los obreros de «tutelajes ajenos» a su clase¹¹.

9. Strasser, C. (1959) *Las izquierdas en el proceso argentino*, Palestra.

10. Strasser, C., op.cit. y Puiggrós, R. (1957) «Carácter y perspectivas de la revolución peronista», *Estrategia N° 1*.

11. Strasser, C., op.cit.

Pese a la diversidad de los diagnósticos, casi todos parecían concordar en que tanto el peronismo como el frondizismo, habían dejado como saldo positivo para una política de izquierda, la creciente combatividad y politización en la clase obrera. Para algunos ese hecho se conectaba con la persistencia del peronismo, al cual adjudicaban potencialidades revolucionarias susceptibles de ser desarrolladas dentro de un proyecto socialista. Sin embargo llama la atención que, estando el peronismo en el centro de todas las especulaciones, sea casi nulo el espacio asignado a la figura y el liderazgo de Perón: acaso en la izquierda se pensaba que su tiempo político ya se había agotado? A la vez, la manera insistente con que se alude a la necesidad de un partido «verdaderamente revolucionario», parece constituir la crítica más contundente al papel desempeñado por el Partido Comunista y muestra que, aún antes de que se instalara plenamente el debate sobre la «vía armada», ya había comenzado la erosión del prestigio del PC en el campo de la izquierda argentina.

Izquierda y neoizquierda

En noviembre de 1960, el PC parece entrar de lleno en la polémica con la publicación de un número especial de su revista Cuadernos de Cultura (CC), dedicado a responder al interrogante «Qué es la izquierda?». En dicho número —el 50º— puede observarse que la estrategia argumental concentra el fuego sobre dos tendencias cuya combinación habría dado lugar al surgimiento de la «neoizquierda», en los sectores medios recientemente radicalizados. Una de ellas provendría de la «izquierda nacional» que, «subyugada por el peronismo» y sosteniendo posiciones movimientistas, estaría propiciando el «eclecticismo ideológico» y renunciando a la construcción del «partido de la clase obrera». Se trataría de una posición «seguidista» que conduciría a la «conciliación de clases» y a desviar a los trabajadores de sus objetivos socialistas, tras consignas nacionalistas.

La otra corriente provendría del «ultraizquierdismo», y estaría marcada por la «impaciencia» y el «verbalismo revolucionario» de quienes, careciendo de una visión realista de la situación nacional, no comprenden cuál es el carácter de la revolución ni aciertan en la estrategia. Por esa razón, en sus propuestas buscarían reemplazar la unidad de todos los sectores populares y antimperialistas por un reducido «frente de las izquierdas»¹².

Según CC, los ataques que unos y otros dirigen al PC no harían más que reflejar la aspiración de algunos sectores radicalizados de «la intelectualidad

12. Editorial, «Claridad sobre la izquierda», *Cuadernos de Cultura* N° 50, 1960.

pequeñoburguesa» de sustituir a la clase obrera en la dirección del proceso revolucionario.

En cuanto a los principales grupos en los cuales esa «neoizquierda» se encarna, la Revista identifica a tres¹³. Uno de ellos provendría del «destacamento» que habría intentado «unir a la masa popular peronista con la elite izquierdista de la pequeño burguesía» durante el frondizismo, dejando afuera al «partido de la clase obrera». Ese grupo, tras demostrar su «incapacidad» como dirigente de la Revolución Democrática Nacional y salir del gobierno, habría trocado su decepción política en «verbalismo izquierdista», entusiasmo ahora por el éxito de la Revolución Cubana.

Pero según CC, el principal «eje de las maniobras de la neoizquierda» se encontraba por entonces en el Partido Socialista Argentino, más precisamente en su heterogénea corriente de izquierda y en los grupos que editaban la Revista «Situación». Ellos estarían buscando captar a las masas peronistas, con el fin de erigirse en «partido de la clase obrera» y reemplazar al PC.

El tercer centro de irradiación de ideas de la «neoizquierda» se encontraría en el Grupo Praxis, de orientación trotskista y dirigido por S. Frondizi. Desde el punto de vista comunista, sus dos «típicos errores ultraizquierdistas» radicarían en la incompreensión del «problema agrario» y del «problema nacional». En consecuencia, no advertirían la necesidad de contar con el campesinado y con la burguesía nacional, en la primera etapa de la Revolución en un país «dependiente y con resabios feudales en el campo». Con sus propuestas de resolución de la «cuestión agraria» mediante la inmediata colectivización, y su negación de todo papel «progresista» a la burguesía nacional, estarían privando a la clase obrera de «sus aliados naturales» y conduciendo a la derrota de su proyecto revolucionario.

En medio de este panorama ciertamente complejo, algunos sectores del «frente cultural» del PC propiciaban una mayor apertura teórica y política del Partido y mantenían contactos con algunos grupos de la «neoizquierda», intentando fortalecer a los más proclives a emprender acciones conjuntas, dentro de una izquierda renovada. Desde de esa perspectiva puede entenderse el apoyo que el PC brindó a uno de los grupos del Socialismo Argentino, para que editara la revista *Ché*¹⁴.

13. Portantiero, J.C., «Algunas variantes de la neoizquierda», *Cuadernos de cultura* N° 50, 1960.

14. La revista *Ché* no era expresión oficial del PSA, sino de uno de sus grupos internos. Se proponía como espacio de discusión para la izquierda. Su director era P. Giussani y su primer número es contemporáneo del N°50 de *Cuadernos de Cultura*. Según confirma J.C.Portantiero -que también escribió en la revista-, Agosti era el dirigente a través del cual el PC propiciaba el acercamiento con algunos sectores la izquierda socialista. También recordó que su grupo mantenía contactos con J.W.Cooke (entrevista citada).

El «malestar» dentro del PC

Pero las críticas al PC –algunas de vieja data– por su «fracaso» como partido revolucionario adquirieron una nueva dimensión a partir de que el conflicto chino-soviético dividiera al movimiento comunista internacional y la Revolución Cubana pusieran seriamente en duda la validez de las tesis sobre la «transición pacífica» y la «coexistencia pacífica» para los países periféricos.

Producida la Revolución Cubana, el PC colaboró intensamente con ella enviando «brigadas de apoyo» –integradas por profesionales y técnicos– así como numerosos grupos de jóvenes «voluntarios». Puede afirmarse, por lo tanto, que toda una generación de jóvenes comunistas –y simpatizantes– fue educada en la solidaridad activa con Cuba¹⁵. Como consecuencia de dichas actividades, muchos jóvenes entraron en contacto con diversos grupos y experiencias que se inspiraban en el «castrismo» o el «maoísmo»¹⁶.

La admiración que producía «la primera Revolución Socialista de América», no podía sino promover comparaciones que, en muchas ocasiones, llevaban a cuestionar la línea política y la capacidad del grupo dirigente del propio partido. Cuando esto comenzó a percibirse, la dirección partidaria trató de impedir que el entusiasmo diera lugar al debate, y se abroqueló en la defensa cerrada y arrogante de una línea política que, para algunos, ya no era sino la contracara de una revolución triunfante.

A partir de entonces, puede decirse que la posición del PC sobre Cuba fue oscilante –o ambigua–, y que la cuestión de la «vía cubana» comenzó a dividir aguas dentro del Partido, aunque la cuestión no fuera oficialmente reconocida.

El grupo dirigente, mantenía sus declaraciones de «apoyo y solidaridad» a Cuba, a la par que marcaba límites a quienes desde allí pretendían revisar la línea política. A veces lo hacía señalando la «excepcionalidad» del caso cubano, y por lo tanto la inaplicabilidad de ese modelo en la situación argentina. En otros casos se argumentaba que, bien mirado, el proceso cubano ratificaba la estrategia «correcta» ya que se había completado rápidamente la etapa «nacional y democrática», y su profundización había permitido transformar «una revolución agraria en revolución socialista»¹⁷.

Argumentos que a veces eran sólo argucias verbales y un partido caracterizado por la rigidez y el dogmatismo hicieron que el debate oficialmente ocluido discurriera por canales subterráneos, sobre todo en sectores de la juventud y

15. Entrevista realizada a Eduardo Sigal, marzo 1998.

16. Entrevista realizada a E. Dratman: señala que desde 1962, algunos grupos de la Federación Juvenil Comunista mantenían contactos con el PCde China, claro que de manera clandestina dentro del PC.

17. Portantiero, J.C., «Las dos políticas», *Cuadernos de cultura* N°56, marzo/abril 1962.

del ámbito cultural. Sin romper con el Partido, algunos grupos comenzaron a contactarse de manera clandestina y a trazar planes tendientes a producir una renovación en el Partido y a dotarlo de una estrategia «revolucionaria». O mantenían contactos, por fuera de los organismos partidarios, con grupos socialistas, trotskistas o peronistas que se radicalizaban, ligados por el fervor pro cubano, y muchas veces por los cubanos mismos.

Mientras esto ocurría, los círculos dirigentes del Partido llamaban a mantener «los principios del marxismo leninismo» y a redoblar el esfuerzo militante, sobre todo en lo referente al «trabajo unitario» con el peronismo. Entusiasmado —como toda la izquierda— por la combatividad desarrollada por los trabajadores durante el frondizismo, el PC pensaba que se estaba librando una dura disputa entre la «ideología del proletariado» y el «nacionalismo burgués» por el control del movimiento obrero, y esperaba ganarlo políticamente. Así, en 1962 el PC produjo el intento más audaz de acercamiento al peronismo al apoyar a sus candidatos en las elecciones que se celebraron en marzo de ese año a la par que elaboró la tesis del «giro a la izquierda del peronismo»¹⁸. En vistas del «giro» operado, esperaban que el «trabajo unitario» se extendiera al ámbito político, con el fin de llegar a la formación del «gran partido unificado de la clase obrera y el pueblo» mediante la unión de peronistas, comunistas y socialistas de vanguardia¹⁹. Aunque lejos del entusiasmo por la «vía armada», la experiencia cubana movía al PC a pensar en el modelo del «Partido Unico de la Revolución»²⁰ y a adaptar su línea tradicional, engarzándola con el nivel de combatividad alcanzado por el movimiento obrero y con la politización creciente de los sectores medios.

Sin embargo, a quienes dentro del Partido estaban en proceso de radicalización, este «giro» hacia el peronismo les resultaba insuficiente ya que, a su juicio, «no implicaba una revisión a fondo de la línea política» ni la adopción de una estrategia «revolucionaria». Para ellos, la figura que concitaba interés dentro del peronismo era J.W.Cooke, a quien el Partido descalificaba considerándolo parte de la «ultraizquierda» del movimiento²¹.

18. Codovilla, V., *El giro a la izquierda del peronismo*, Informe presentado cuando ya habían sido anuladas dichas elecciones —que ganara A. Framini en la Pcia. de Buenos Aires—, y se había producido golpe de Estado que derrocó al presidente Frondizi, en julio de 1962.

19. En *El giro...* se dice: «con la combatividad en continuo crecimiento de los sectores obreros y populares influidos por el peronismo, ha ido aumentando su conciencia de clase y conformándose su ideología proletaria... que los lleva a las posiciones de los comunistas».

20. entrevista a E.Sigal, (ya citada).

21. entrevista a J.C.Portantiero, ya citada. En *«El giro...»* se caracteriza al «ala ultraizquierdista» del peronismo como la que «habla de revolución inmediata».

A partir de los años 1962- 1963 las diferencias acumuladas comenzaron a producir puntos de ruptura y a provocar una persistente –aunque muchas veces sorda– sangría de militantes, sobre todo de en los sectores juveniles. Estos primeros núcleos disidentes, tales como el grupo de «Pasado y Presente», «Vanguardia Revolucionaria» y otros aún menos conocidos, cumplieron un importante papel en el proceso de renovación de la izquierda, a pesar de su carácter generalmente efímero.

Pese a que dichos procesos aún no han sido convenientemente reconstruídos, puede pensarse –al menos provisoriamente– que uno de los rasgos centrales de esta etapa de constitución de la «NI» fue el intenso debate entre opciones político estratégicas y la multiplicación de grupos que en muchos casos evolucionaron hacia la integración en organizaciones «mayores», como parte de un proceso inacabado de unificación política.